

*Señor alcalde, autoridades locales, queridas paisanas y paisanos:*

Con emoción y orgullo me presento ante vosotros, con la responsabilidad de dar este pregón de la Feria 2001, el primer pregón de la primera feria de un nuevo siglo, que ojalá nos llene a todos de ilusión y alegría. Desde que en el otoño pasado me propusiera nuestro alcalde, Pedro Valenzuela, hacerme cargo de este acto –lo cual quiero agradecerle públicamente– no ha pasado un día que no sintiera sobre mí el peso de la responsabilidad que el mismo conlleva. Sobre todo porque se trata de una tradición que cuenta ya con muchos años de existencia, y porque los anteriores pregoneros que me han precedido en la palabra han puesto auténticas notas de calidad en sus discursos. Una tradición que arranca en 1969 con el primer “Pregón de Feria” a cargo de Carlos Barberán y que termina el año pasado con las palabras emotivas y repletas de vivencias personales de Rosa Vara. Espero estar a la altura de todos ellos.

He querido darle a este pregón la forma de relato autobiográfico. Por eso comienza con un “Érase una vez..”. Érase una vez a finales de los años 50 un niño corriente, de una familia sencilla y humilde. Este niño asistía de pequeño a los Grupos Escolares como uno más y recibía las enseñanzas en aquella escuela precaria del franquismo, también como uno más. Sólo la influencia y el buen hacer de sus maestros hizo que posteriormente se creara en él la inquietud por el estudio y la cultura. A todos ellos, gracias.

La infancia de este niño transcurrió con los sobresaltos propios de vivir en la carretera de Porcuna donde existe un tráfico permanente. Una mañana de verano, cuando tenía unos 5 años de edad, su madre le mandó a comprar un panete “en ca” el “Chico el panadero” y unas jícaras de chocolate a la tienda de “Pepe el Pelayo”. Como siempre miró a ambos lados de la carretera antes de cruzar, pero no se percató de que subía el camión de la fábrica de harina local ya desaparecida “Lucas Martínez y sobrinos” conducido por Kiko Herrero. Justo en mitad de la carretera sintió el calor del motor en el culo, fueron unas décimas de segundo porque la pericia del conductor hizo que pudiera esquivarlo, pero no que el camión se empotrara en la tapia de lo que en esos tiempos era la entrada del campo de fútbol.

Una de las actividades que desarrolló en esta etapa infantil fue la de monaguillo, junto a compañeros como Pedro García y José M<sup>a</sup> Parella y, cómo no, la figura imborrable de Juan Luque, el sacristán, por encima de todo, un hombre bueno y cariñoso.

De la feria de su infancia recuerda muchas cosas. La principal es la ilusión e incluso ansiedad con la que esperaban todos los niños su celebración. Era el acontecimiento del año, se disponía de algo de dinero para gastar y de pocas atracciones para hacerlo, pero de muchas ganas de disfrutar el momento. En su memoria están varios amigos, entre los que rescata a Juan Valeros. Con él compartía casi todas las noches de feria. Jugaban al “Tío y la tía y el chuchurumbel”, una ruleta con cartas de la baraja en la que apostaban alguna peseta; montaban en las atracciones de feria; iban a alguno de los cines de verano, “Cervantes” o “Colón”; comían un cucurucho de camarones o algún cangrejo; compraban turrón en la caseta del Follollo junto al castillo, y tantas otras cosas más.

Pero lo que más pasión producía en esta época eran las atracciones. Sólo el carrusel, que era el mayor espectáculo del mundo en ese tiempo, disponía de movimiento mecánico, esto es a motor; los caballicos, las voladoras o los columpios precisaban del impulso humano para que se movieran. Este niño y su amigo Valeros eran unos fuera de serie con los columpios, pero sobre todo éste último. Cuando el dueño de la atracción se despistaba conseguía el record, esto es dar con las varas en el tablón de sujeción de éstas. El peligro de salir disparado como un pelele era obvio, además de desajustar el tornillaje y las maderas. En aquellos tiempos también hacíamos travesuras, aunque a algunos, ahora ya mayores, se nos olvide. Pero lo más interesante de todo era ayudar al dueño de los caballicos a empujarle. El problema es que los dos puestos de empujadores estaban bastante solicitados y había que demostrar gran pericia en el arranque y, sobre todo, en la parada de la plataforma. El dueño, que hasta hace unos años ha seguido viniendo a esta feria –claro está con unos caballicos supertecnologizados- era alto y delgado como una espada, pero arreaba unos cogotazos de campeón. Por eso había que estar muy atento al toque de silbato para iniciar el movimiento de la plataforma circular, además de no perderlo de vista para saber cuándo tenían que dejar de empujar y subirse en la plataforma que continuaba girando por inercia. Las paradas eran espectaculares, porque había que ir frenando en seco, esto es agarrando los tirantes metálicos y arrastrando los pies por el suelo de tierra, con la consiguiente polvareda. Eran otros tiempos, sin duda. Hoy en día, los niños tienen mucho más dinero y se aburren más.

Cuando el niño de nuestra historia se hizo un adolescente, las diversiones apenas si cambiaron y las madrugadas las pasaba con los amigos entre el baile del jardín y el baile de Isabel Trigo, conocida por todos como “la Triga”. Este último era toda una institución en Lopera y el ingrediente de competencia que a veces deben tener las cosas para que funcionen.

Por esos tiempos cobraban fuerza los enfrentamientos futbolísticos entre Lopera y Porcuna. Todo un acontecimiento de pasión y coraje más que de calidad balompédica, que se saldaba casi siempre con el salto de algún espontáneo al terreno de juego que pretendía corregir los presuntos errores arbitrales mediante el lenguaje de los puños.

Terminada la feria, nuestro personaje se complacía observando cómo pasaban junto al quiosco de Cristóbal el cojo y los pantagruélicos eucaliptos que había frente a su casa –y que dicho sea de paso nos arrebató de nuestras vidas algún político de turno- los autobuses con los emigrantes que habían pasado los días de feria junto a familiares y amigos y que retornaban con tristeza y nostalgia a sus lugares de trabajo. A los pocos días volvía a ver nuevos autobuses salir, pero en esta ocasión eran los emigrantes temporeros loperanos que se iban a la vendimia manchega y francesa y dejaban tras de sí un pueblo en el que se apreciaba ya el olor inconfundible del mosto de sus lagares.

El niño de nuestra historia creció y después de tres años de preparación en la academia de Lopera, se fue a estudiar como tantos otros loperanos al recién estrenado Instituto de Porcuna, donde hizo el bachillerato y COU. En estos tiempos trabajó en el lagar de la bodega del castillo, donde existía una pujante industria del vino. El vino y los melones son dos de las actividades tradicionales de Lopera que nos han identificado

en toda la provincia durante décadas. Por desgracia, ambas están casi desaparecidas. Los melonares se reducen a pujarillos salpicados en los alrededores del pueblo que se cultivan para el consumo doméstico ¿Por qué no aprovechar los terrenos de la vega para recuperar este cultivo y comercializarlo?. El vino vive desde hace una década una agonia ya en fase terminal, aunque recientemente está recobrando una nueva vida con la modernización de plantaciones como “Las cuarenta” y el proyecto de producción de vino tinto con vides tempranillo, merlot y cabernet sauvignon que se plantarán próximamente en el pago de las “Niñas muertas”. Desde aquí es preciso alabar públicamente el tesón de Bodegas Herruzo que ha posibilitado la supervivencia del vino de Lopera y el inicio de una reconversión y expansión de un sector unido históricamente a nuestro pueblo. La reciente plantación de vides por otros propietarios particulares, también digna de elogio, puede contribuir al objetivo deseable de disponer de una denominación de origen propia y a que la producción de vino de Lopera crezca y recobre el prestigio que siempre tuvo. La creación de una cooperativa y la plantación de más viñedo podrían contribuir enormemente a esta meta. Mientras tanto, en el restaurante del Parador Nacional de Turismo ubicado en el Castillo de Santa Catalina de Jaén seguirán recibiendo a los comensales con una copa de vino blanco de Lopera, un vino que por su calidad le puede a los vinos de Torrerogil o Bailén que cuentan con mucho más empuje comercial.

Durante los estudios de bachillerato nuestro protagonista ocupaba gran parte de su tiempo libre jugando al fútbol en el campo de fútbol local. Una afición que le llevó a disputar algunos encuentros con el primer equipo. Otro deporte que practicaba asiduamente era el tenis, para lo cual contaba la localidad con una pista situada justo donde edificaron el parvulario anexo al colegio y recuerda aquel campeonato de feria y la entrega de trofeos que hizo en este mismo jardín, Matías Prats. También están grabados en su memoria los buenos ratos de moto con sus amigos en “Las encinas”, “El Pilar Nuevo” o “Las Piedras Palomeras”. Y cómo no, el inicio junto con estos mismos amigos trialeros de lo que es hoy su principal afición: la caza. Le viene de herencia, su abuelo Benito, el esquilaor, tenía una galgo negro llamado Huracán, que en la posguerra fue el terror de las liebres. Los domingos previos a la recolección de la aceituna no es difícil verlo entre las cañadas y cerros de “Coronao”, los “Villares”, el “Pozo Juanche” y las “Jabaleras”, por poner unos ejemplos, disfrutando de esta actividad tan antigua como la pervivencia misma del hombre. Es justo aprovechar esta tribuna para resaltar el magnífico trabajo que está realizando la Junta Directiva del “Coto el Morrón” y su presidente Antonio Relaño, que han sabido llevar el coto en estos últimos años a un buen saneamiento cinegético y a conseguir una convivencia siempre difícil en Lopera entre galgueros y escopeteros.

Prosiguiendo con nuestro relato, aquel joven decidió ser maestro. Y lo fue. En el año 1986 llegó destinado a Lopera para entregarse en cuerpo y alma a la profesión que tantas pasiones despertaba en él. Hacerlo en su querida Lopera era un premio añadido. Enseguida llegó la docencia con niños pequeños y con ella el mundo mágico de la educación, con su equilibrio permanente entre conocimientos, valores y el preparar para saber estar en sociedad. Sin duda son recuerdos imborrables. Entre 1990 y 1999 diver-

sas razones le hicieron ejercer como director del Colegio “Miguel de Cervantes” y asumió la responsabilidad de llevar a cabo la profunda reconversión de la educación que exigía la Reforma Educativa y que ha concluido recientemente con la inauguración del Instituto de Enseñanza Secundaria. Esta es una buena ocasión para dar las gracias a toda la Comunidad Educativa por el apoyo que siempre prestaron a su labor.

De esta época sería fácil destacar la figura de muchas loperanas y loperanos, que desde sus puestos de trabajo contribuyeron a una vida más digna para todos. Para que este relato no se extienda demasiado, destaca dos personajes que se nos han marchado recientemente.

Uno de ellos es Antonio Herrero, al que todos llamábamos cariñosamente *Kiko*. Él ha sido un poco el padre y la madre de todos los que estudiamos en los Grupos Escolares. Sus cualidades fueron el compromiso con su trabajo y con los demás. Un trabajo humilde, sencillo, pero con un hondo calado en la vida de los loperanos. Hizo casi de todo para que el colegio funcionara, un auténtico “manitas” capaz de dar respuesta a cualquier problema. Antonio Herrero nos dio a todos un poco de calor humano.

El segundo personaje es Alfonso Cruz. De él y de su “Doña tecla”, qué se puede decir. A él le tocó vivir la época de las academias y en ellas, muchos de los que estamos aquí, realizamos parte de nuestros estudios de bachillerato. Además, fue persona culta y con gran afición a escribir, como lo demuestran la gran cantidad de artículos aparecidos en diversos programas de feria desde 1946 hasta que por su enfermedad dejó de hacerlo. En 1974 y 1988 fue pregonero de los “Cristos”.

En este punto es preciso hacer una breve reflexión. La historia de Lopera y de la educación en especial ha estado repleta de un cierto desagrado. No quiero decir que Lopera sea desagradecida, pero sí que le cuesta reconocer ciertos hechos. Nos bastará con el ejemplo de Martín Valcárcel, verdadero artífice de los Grupos Escolares, quien fue olvidado injustamente por el pueblo. Han tenido que pasar muchos años hasta que por fin la Asociación de Madres y Padres de Alumnos del Colegio “Miguel de Cervantes” pensara en llamarse como él, una idea que es preciso destacar. Después, vino la iniciativa del ayuntamiento de poner su nombre a la nueva calle que separa el reciente IES con los terrenos que en un futuro podrán albergar un nuevo centro de Educación Infantil.

Esto nos plantea un interrogante: ¿Tanto cuesta homenajear a todas las loperanas y loperanos que han trabajado y trabajan por Lopera? El nombre de una calle, de una plaza pueden alertar a nuestros hijos sobre las personas que han construido la historia de nuestra localidad. Personajes que pueden ser amas de casa o carniceros, trabajadores del campo o maestros, comerciantes o médicos, albañiles o administrativos, carpinteros o emigrantes que difunden nuestro pueblo donde quiera que están. Trabajar por Lopera no conoce posición social, ni oficio, ni ideologías políticas, ni lugar de trabajo.

Durante el tiempo que estuvo el protagonista de nuestro relato en Lopera como maestro pudo participar en un hecho de gran calado social: *la Coordinadora Local Antidroga*. Estuvo formada por gente de muy diversos sectores e ideologías y funcionó a mediados de los años 90. Realizó diversas campañas informativas y divulgativas, pero

su principal logro fue impulsar la creación de la Asociación de Alcohólicos Rehabilitados Loperanos (ARLO). La labor callada pero persistente que sus miembros hacen a diario de la mano de su incansable presidente Alfonso Cárdena, está produciendo unos efectos muy positivos en personas que habían caído en las garras sangrantes del alcohol. La historia les hará justicia. Vaya desde aquí un justo reconocimiento a su trabajo.

También es preciso felicitar la aparición de otras asociaciones sin ánimo de lucro procedentes de diversos colectivos loperanos; la asociación *Pueblos sin Fronteras* “*Villa de Lopera*”, cuya labor humanitaria es digna de todo elogio y reconocimiento social; el club ciclista local y la agrupación musical “Pedro Morales”.

En otro orden de cosas, hay que destacar la formidable expansión de las industrias locales de la construcción y del mueble, aunque especialmente estas últimas, con fuertes inversiones que han propiciado la creación de riqueza y empleo. A buen seguro, que a este logro ha contribuido la brillante idea municipal de crear un Polígono Industrial. Más complejo es el mundo de las cooperativas de aceite locales, que aún disponiendo de un producto de alta calidad, no cuentan con un proceso de comercialización adecuado.

Al personaje de nuestra historia le preocupa la conservación de los monumentos y las tradiciones locales. Cuando vivía en Lopera dedicó gran esfuerzo en la conservación de los Grupos Escolares. Sin embargo, otros monumentos locales, como el Castillo y la Tercia están en un estado lamentable de semiabandono. Sus dueños no los quieren, no gastan dinero en conservarlos y son capaces de darlos al mejor postor. ¿Acaso se puede vender nuestra historia? El 28 de enero del año 2000 se creó la “Plataforma ciudadana para la defensa del castillo de Lopera”, a la que tiene el honor de pertenecer nuestro protagonista. Se trata de una propuesta valiente de la corporación local, formada por personas de diversas posiciones e ideologías, que trabajan desinteresadamente para conseguir un castillo de titularidad pública. Es imprescindible que todos los loperanos conozcan bien esta iniciativa y se vuelquen en su apoyo con la seguridad de que sólo así se podrá conseguir un castillo mejor conservado y, ojalá muy pronto, un castillo de todos.

Ahora bien, que nadie se llame a engaño, y piense que este es un discurso de catástrofes. La arquitectura religiosa goza de mejor salud que la civil. La parroquia de la Purísima está muy bien conservada; la ermita de San Roque, representa un ejemplo para todos nosotros por el tesón y esfuerzo puesto en su reconstrucción y mantenimiento; y qué decir de la nueva construcción de la ermita de San Isidro.

En general, las tradiciones se están manteniendo con bastante pureza, tal es el caso de la festividad de San Roque, reestablecida hace unos pocos años, y la modernización de la romería de San Isidro, aunque quizás fuese más auténtica la media jornada de antes, por su carácter improvisado, su picaresca, el tono burlesco de caballerías y carrozas, etc. Y como muestra un botón: nuestro personaje montó en burro vestido de flamenco y acompañado de su correspondiente gitana, allá en los años 65 y 66. El burro en cuestión era de “Jamacuco”, el cual colocaba sobre los cuartos traseros del animal dos tablas con ripios sobre la lãbranza y así mataba dos pájaros de un tiro: nos paseaba en

burro y divertía a los espectadores con sus pícaras ocurrencias. Algo parecido a la nueva versión de la romería de San Isidro está ocurriendo a las tunas que rondan a la Reina y las Damas de Honor en la víspera de la feria. Otra tradición que ha perdido la personalidad que tuvo en sus orígenes.

Hemos llegado ya al final de la historia, a ese "...y este cuento se ha acabado" esperado por todos. Nuestro personaje continuó estudios de Pedagogía y al doctorarse pasó a trabajar como profesor en la Universidad de Jaén, por lo que se vio obligado a dejar el pueblo y el colegio que tanto amaba.

Al cerrar el pequeño y sencillo libro que acabo de leer, regreso al presente y recuerdo que estamos en feria, un buen momento para dejar atrás sentimentalismos y buenas intenciones de futuro. Sin duda, que esta feria no es igual que aquella que dibujábamos al principio. Ahora, muchos loperanos, llevados por un poder adquisitivo sin precedentes, aprovechan y se van de vacaciones a otros lugares. Se evitan bastantes incomodidades, pero se pierden algo esencial: las reuniones familiares y el contacto con los amigos que emigraron hace décadas y que ahora regresan los días de feria. Precisamente, son los emigrantes, que vuelven al reencuentro de sus familiares y de sus recuerdos más íntimos, los que más jugo, más esencia sacan a los "Cristos". Ellos son los que pueden hacer que los días de feria resurjan y recobren una nueva dimensión. Una interesante idea podría ser la recuperación de la *Feria de Día*: iniciar la jornada con unos pases a la vaquilla; participar en alguna competición tradicional, como la cucaña y la carrera de sacos o de cintas; deambular al mediodía por los quioscos abiertos; y el retorno del bullicio de las atracciones de feria.

El tiempo se acaba. Sé que los que me habéis acompañado tenéis ya ganas de empezar la fiesta. Y, a buen seguro, que este ramillete de bellezas que tengo junto a mí, fiel reflejo de la lozanía y hermosura de la mujer loperana, está ya impaciente. Hoy es su gran día. Echo una última mirada hacia dentro y descubro que todavía quedan muchas cosas en el tintero. El tintero de quien os está hablando sigue repleto de historias de Lopera, de sentimientos, de apego por su tierra. Harían falta miles de folios para dar cabida a las sensaciones y recuerdos que le trae Lopera, pero no es el momento. Ahora es el tiempo de la diversión, de que esta feria 2001 inicie su andadura y de que todos seamos un poco más felices olvidando, si es posible, los problemas cotidianos.

¡Paisanas, paisanos! ¡Gracias por vuestra atención! ¡Viva Lopera! ¡Vivan los Cristos!  
¡Felices fiestas!